

dependientes de la América Española! ¡Qué esfuerzos heroicos, pero infructuosos, hizo más tarde el Gobierno del Perú para que se confiriera la dignidad Cardenalicia á un Arzobispo de Lima, sucesor (como alegaba) de Santo Toribio, rico y opulento, y cercano pariente, por línea legítima, de grandes de España!

No faltan, en verdad, razones para semejante esquividad, por lo que mira al último punto. Un Cardenal es Grande elector del Sumo Pontífice, Príncipe de rango superior á los Imperiales y Reales, verdadero soberano, con sus colegas, durante el interregno; más que primo y casi hermano de los Monarcas reinantes; superior, en igualdad de circunstancias, á otros Jefes de Estado; moderador, como consejero íntimo del Papa, de la Iglesia Universal. No es extraño, pues, que antes de acumular tantos honores y tanto poder en la cabeza de un Prelado ultramarino, tiemble la Corte de Roma, retroceda ante los peligros que acarrea la inestabilidad de un Gobierno, y prefiera la enemistad de éste á comprometer el prestigio de la púrpura.

Y sin embargo, Pío IX ni tembló, ni retrocedió, ni vaciló en su resolución de condecorar al hijo más ilustre de Michoacán con sombrero de grana, por él ni solicitado, ni pedido, ni soñado. Y este dón fué exclusivo de Pío IX; notadlo bien, de Pío IX, que parecía deber mostrarse entre todos los Papas el menos adicto á la América independiente. Se ha creído que su predilección por el Nuevo Mundo fué por haber sido el primero, y, hasta ahora, el único Pontífice que haya

pisado el suelo americano. Mil veces oí este concepto, expresado á guisa de elogio, en prosa y en verso; pero yerran grandemente cuantos lo han afirmado.

Hay ciertos acontecimientos en los albores de nuestra vida, que producen en el ánimo una impresión que no bastan á borrar ni la edad, ni la experiencia, ni la reflexión, ni las más sublimes virtudes. Sin salir de los personajes de que estamos tratando, la deslealtad de un Gobernador hacia el venerado primer Arzobispo de Michoacán, influyó poderosamente en la postergación que sufrió la Capital de su Estado ó Departamento, en la primera multiplicación de mitras, en 1863. Ahora bien, Pío IX, ó como se llamaba entonces, el Canónigo Mastai-Ferretti, fué muy poco afortunado en la expedición que, acompañando al enviado Apostólico, Monseñor Muzi, hizo á las Repúblicas del Río de la Plata y de Chile, á raíz de su independencia. Su viaje fué una serie de aventuras, harto desagradables, aun antes de salir de los confines europeos. En América, aunque envueltas en los proverbiales cumplimientos de la raza española, no experimentó más que repulsas, ni escuchó otra cosa que declaraciones jacobinas y palabras de jactancia, á que daban cierto barniz de razón las victorias de Junín y Ayacucho, si bien no ganadas por chilenos ni argentinos. Descorazonado y con poco favor después del fracaso de la misión de que formaba parte, tuvo, como sucede en tales casos, que trocar la mal iniciada carrera diplomática por el ministerio puramente eclesiástico.

Cualquiera creería que los recuerdos de la malhadada expedición influyeran en su ánimo, cuando veinticinco años más tarde lo elevó el Espíritu Santo sobre el trono de San Pedro. No quiero que supongamos ni por un momento que aquel corazón magnánimo fuese capaz de abrigar el más mínimo rencor, ni menos de hacer pagar á mejicanos ó guatemaltecos, los desaires de argentinos ó chilenos. Pero sí pudo, sin que padecieran menoscabo sus instintos generosos, mostrarse duro como León XII, reservado como Pío VIII, ó limitar su condescendencia, como Gregorio XVI, á la pura y simple provisión de algunas sedes episcopales.

Pero Pío IX era un santo; recordaba con fruición sus aventuras en Chile, celebraba como donaire la audacia de aquellos políticos, y reputaba el fracaso de su temprana misión como un aliciente especial para colmar al Nuevo Mundo de gracias. Así es que no se limitó á enviar el Capelo á vuestro insigne Portugal, sino que dió su confianza á otro hijo ilustre de Michoacán, adoptó sus principios y se dejó guiar por sus consejos en la resolución de problemas bien arduos, que miraban no sólo á Méjico, sino al mundo.

La primera flor que arrebató de su tallo el vendaval revolucionario, fué, como ninguno de vosotros ignora, el Obispo de Puebla, Don Pelagio Antonio de Labastida, que hemos estado contemplando en vuestro antiguo Coro, al lado del elocuente Munguía.

Su gallarda figura, sus modales cortesanos, sus pasados sufrimientos, su valor y constancia, y el hecho

de ser el primer Prelado mejicano que conocía y trataba, ganaron desde luego el corazón del Pontífice. Nada extraño es que al Obispo que sube, aunque sea una vez, al Vaticano, dirija el Papa una pregunta fugaz ó le haga una consulta de poca importancia, acerca de su propia diócesi ó las vecinas. Esto se ve todos los días; pero lo que no ha lugar, sino alguna vez en un siglo, es el que un prelado ultramarino, lejos ya de Roma, influya directa y eficazmente en la política general del Pontificado.

Esto sucedió cuando Labastida, elevado á la dignidad de Arzobispo de Méjico, por el favor de Pío IX, regresó de su destierro y empezó á gobernar su nueva diócesi, reinando el Emperador Maximiliano. Son bien conocidas las diferencias que este Monarca tuvo con la Sede Apóstolica. Había cuestiones de alta y patente importancia en el fondo y en la forma. Otras, por el contrario, aunque herían altas susceptibilidades y parecían oponerse á inmutables principios, eran, en realidad, insignificantes. Ni la Curia Romana ni el Episcopado Mejicano, podían dejar pasar sin observaciones la pretensión del Emperador al antiguo patronato, con todos sus abusos, de los Reyes de España. No podían callarse ante hechos como la retención de las Bulas del que fué más tarde vuestro segundo Arzobispo, Don Ignacio Árciga. No podían sancionar con su silencio el despojo de los bienes eclesiásticos, que se pretendía llevar á cabo, aun más completamente que en tiempo de la República. Pero, ¿no se podía, por

ventura, conceder por los Obispos mismos y sin ahondar las divisiones ya existentes, la jurisdicción castrense á que aspiraba el Soberano? ¿No podía del mismo modo el Arzobispo de Méjico convenir en que fuera una parroquia separada el Palacio Imperial, como sucede en otras Cortes? ¿No era fácil arreglar amigablemente las cuestiones de precedencia, eludiendo el ceremonial en que se equiparaba al Prelado, aun en su propia diócesi, á un General de Brigada ó de División?

Con todo, al lado de los importantes puntos ya mencionados, y de otros de igual trascendencia, como la libertad de cultos, los matrimonios mixtos, el derecho de la Iglesia á recibir donaciones, etc., vemos figurar en las notas de la Secretaría de Estado al Gabinete Imperial, esas otras cuestiones que quizás en diversas circunstancias se habrían tocado muy por encima. La razón de este proceder se encuentra explícitamente consignada en la correspondencia de los embajadores mejicanos en Roma. Era porque así lo sugerían los Obispos; porque sin ellos estaba resuelto Pío IX á no concluir convenio alguno; porque á ellos y á su parecer se remitía siempre al Gobierno Imperial. Ahora bien, estos Obispos eran vuestras dos glorias michoacanas: Labastida en primer lugar, y su amigo y consejero Munguía.

¿Qué son, junto á estas insignes mercedes, los otros favores de que colmó Pío IX á la Iglesia Michoacanense?

¿Os recordaré, Venerable Cabildo, que esas insignias cuasi episcopales que os distinguen, se obtuvieron de la munificencia de Pío IX, gracias al prestigio del gran Portugal? ¿Haré presente que el palio que adorna á vuestro Prelado, y que no lució sobre los hombros de Quiroga ni de San Miguel, ni aun del mismo Portugal, fué concedido por Pío IX á instancias del agradecido Labastida? ¿Os haré notar que la opulencia de que goza todavía esta gran diócesi, á pesar de sus divisiones y subdivisiones, se dejó intacta por Pío IX, gracias á la habilidad y experiencia del facundo Munguía? Justo es, por tanto, que al iniciar las solemnidades Marianas, depositéis una flor de reconocimiento sobre la tumba de vuestro augusto Bienhechor. Pero no basta con la gratitud. Es fuerza añadir otra flor que simbolice vuestra compasión; y es á lo que voy á excitaros, si me seguís prestando atentos oídos.

II

La guerra contra el poder temporal de los Papas, no es nueva, por cierto, en los anales de la Iglesia. Desde que empezó á formarse, y á engrandecerse poco á poco el *Patrimonio de San Pedro*, vió el Demonio cuánto servía para la dilatación del Reino de Dios, y se aplicó á suscitarle enemigos, aun entre sus mismos bienhechores. La lucha ha tenido mil y mil fases, según las ideas que han prevalecido en cada siglo de los muchos que ha vivido la Iglesia Católica. No cumple á mi objeto, trazar la historia de las contiendas entre el sacerdocio y el Imperio, entre Guelfos y Gibelinos, entre franceses y españoles, en la península Itálica; contiendas en que todos trataban, salvando ó sin salvar apariencias, de cercenar algo de la riqueza, del territorio ó de la influencia del Pontífice-Rey. Vendré desde luego á los últimos tiempos, en que ya sin rebozo se ha vuelto la total destrucción del poder temporal de los Papas, el fin principal de los enemigos de la Religión.

Aniquilado, al parecer, por Bonaparte, renació, como por encanto, al caer Napoleón. Derribado, de nue-

vo, por la revolución demagógica, fué restaurado por quien menos se pensara: por otro Napoleón. Amaestrada la Impiedad por tantos reveses, empezó á mediados del siglo pasado á tender sus redes de una manera lenta, pero segura; convirtiendo á sus miras á las naciones más adversas, y derribando las dinastías rebeldes á sus halagos. A Pío IX tocó desde el principio sostener esta lucha titánica. Habiendo probado al universo que con la condescendencia no se quebranta la cabeza á la Revolución, le opuso en su largo reinado la fuerza moral, la fuerza física y la astucia diplomática, y condujo, durante veinte años, la retirada más hábil y más gloriosa que registra la historia.

Pero poco á poco se fué estrechando el círculo en derredor del Pontífice. Las revoluciones interiores ó los reveses militares le privaron de sus más decididos aliados. Cayó en Sedán, el que primero de buen grado, y después cediendo á misteriosa violencia, había sido protector hasta el último instante; y sonó la hora en que si no su corona de rey, sí su territorio y su Ciudad de Roma, y su ejército y su marina, iban á arrebatarse al Vicario de Jesucristo. Sesenta mil hombres cercaron los muros de la Ciudad Santa, y sin escarmentar con el fin desastrado del Condestable Borbón en el siglo XVI, dió la señal del asalto el supremo comandante de aquél y otros muchos ejércitos.

Amigos y enemigos no pudieron menos que admirar la imperturbable serenidad é inexplicable confianza de Pío IX en aquellos terribles instantes. La misma se-

guridad con que años atrás había visto la retirada del ejército de Napoleón, y su repentino regreso, que dió lugar á la victoria de Mentana, se pintaba ahora en su semblante, y se manifestaba en sus palabras. Su pueblo participaba de esta serenidad, que atribuía á inspiración divina; y fiados en los destinos de Roma, se figuraban todos que el invasor llegaría hasta los muros, para retroceder luego como Atila, deslumbrado por el esplendor de la tiara.

Años después corrió con mucho crédito, en ciertos círculos diplomáticos, una historia que explicaba humanamente los motivos de esta maravillosa imperturbabilidad. Decíase que el Emperador Maximiliano, antes de caer en Querétaro bajo las balas republicanas, había pedido perdón al Pontífice, de sus pasados errores, y como expiación había mandado á Pío IX una carta de Napoleón, tan comprometedora para éste, que no pudo menos que seguir sosteniéndolo en el trono. No fué cierto. Pero sí lo es, que Pío IX tenía en su poder dos notas del Emperador de los franceses, tan íntimas y reservadas, que no había dejado copia de las mismas; y éstas le sirvieron de talismán. No aventuro suposiciones; lo tengo de los labios del mismo Pontífice.

También es cierto que tenía otra promesa muy parecida de otro soberano; y en ella se fundaba, cuando decía al parlamentario del Rey Víctor Manuel: «No soy profeta, ni hijo de profeta; pero aquí no entraréis.» Esta última promesa, ni estaba escrita, ni era muy re-

ciente: la hicieron olvidar razones de Estado, y entró el invasor.

Entró, como tiene que penetrar en una plaza casi sin defensa, un ejército cinco veces superior en número, cincuenta veces superior en armas, á la patrulla de defensores. Entró, como quien sabía que al abrir la primera brecha, no permitiría el Pontífice que se derramara más sangre. Entró, militarmente sin gloria, y consumando el más inicuo sacrilegio de nuestros tiempos. Entró, hiriendo con sus bombas y bayonetas, más que al puñado de valientes que le resistieron, los corazones de todos los católicos del Orbe, cuya capital es la Roma del Papa.

A los cinco días de verificados los sucesos, uno de los defensores (el más obscuro) de la plaza, dirigía á los mejicanos estas frases: «Si la tremenda guerra (de Francia con Prusia), que todo lo desorganiza, deja llegar hasta vosotros estas líneas, oh Católicos de Méjico, cubríos de luto y dad rienda suelta á las lágrimas.

«El 20 de Septiembre se ha consumado el sacrílego atentado que ha tiempo meditaban los impíos. . . . ¡Católicos mejicanos! Llorad, sí; pero no desmayéis al escuchar tan tristes noticias!»

¿Quién hubiera dicho á este engañado Jeremías, que 34 años después, no pocos católicos mejicanos se habían de reunir en ruidosas fiestas para celebrar el despojo de Pío IX, el triunfo de la Impiedad sobre la Iglesia? Pero aún puede esa misma voz resonar con la energía de otros tiempos y deciros: no creáis á los que pre-

gonan que la celebración del 20 de Septiembre no tiene significado antireligioso. No, no es una fiesta como la de Covadonga, que á nadie hiere y á todos halaga. No es ni siquiera, como la conmemoración de la toma de la Bastilla, que PASA en un país republicano, y que sólo disuena á los oídos de unos pocos, en quienes no se ha apagado la fe monárquica. No; á esa celebración ningún católico puede asociarse; y á los ecos de los pocos aplausos lejanos que llegan hasta mi retiro, preferiría de nuevo el silbo de las bombas, que aquella infausta mañana me confirieron el bautismo de fuego.

A todo el que tenga corazón, dejo el considerar cómo quedaría el ánimo de Pío IX, cayendo en un momento de la suma confianza á la triste realidad, del trono á la prisión, de la cumbre de la gloria á un abismo de penas. Pero en medio de tanta desgracia, se mostró más fuerte y más santo que el típico Job en su muladar.

El Patriarca de Idumea nos ha dejado maravillosos ejemplos de paciencia y de fe; pero si ni la esperanza ni el amor de Dios lo abandonaron, sus palabras nos indican que perdió por completo los bríos. No así Pío IX, que en su caída cobró nuevos alientos, y desde su dorada cárcel desafió á las potencias de Europa con más denuedo que nunca, y mostró al universo cuánto puede el Papa, aunque sea en las catacumbas, en el desierto, en la prisión, en el martirio.

A raíz de su muerte, se levantaron mil y mil voces pidiendo á gritos su canonización, y pregonando tales

gracias atribuidas á su intercesión, que bien podían llamarse milagros. La severa disciplina de la Iglesia les impuso silencio, hasta que se cumpliera el plazo prescrito por los Cánones. Aunque los veintiséis años transcurridos, aún no autorizan tales solicitudes, de nuevo se dejan escuchar aquí y allí esos ecos de gratitud y devoción.

Sea lo que fuere lo que disponga la Providencia, los que siempre lo amamos, los que sin cesar lo alabamos, no podemos menos que llenarnos de júbilo, al sentir esta nueva explosión de amor y de agradecimiento al insigne Pontífice. Yo os felicito, Venerables Hermanos, yo os felicito, fieles de Michoacán y de Méjico entero, por esta manifestación de duelo y de afecto, hacia el Papa de la Inmaculada, con que habéis querido prepararos al Congreso Mariano. Indecible ha sido mi gozo, al venir á depositar á nombre vuestro las dos flores, cuyo aroma subirá al cielo mezclado con el del incienso litúrgico, para condensarse y caer sobre nuestras cabezas como suave rocío que nos consuele y nos anime.

¡Oh, Pío IX, mi augusto Bienhechor, mi inolvidable Padre! No me atrevo á pedir para ti el eterno descanso, convencido como estoy, de que reinas desde el principio en un trono de gloria, más brillante que el que dejaste en la tierra. Pero sí te aseguro que te bendeciré hasta mi último suspiro, y que tu alabanza no se apartará jamás de mis labios: *semper laus ejus in ore meo.*